

Mauro Biglino

*La*

**BIBLIA**

**NO ES UN LIBRO**

**SAGRADO**



**EL GRAN ENGAÑO**

**uno**  
INTERNATIONAL



# Índice

|  |     |
|--|-----|
| <i>Para leer a Biglino</i> . . . . .   | 5   |
| <i>Introducción: de la Biblia a Pinocho</i> . . . . .  | 9   |
| CAPÍTULO 1 - ¿Por qué este título? . . . . .   | 13  |
| CAPÍTULO 2 - ¿Es atendible la Biblia? . . . . .  | 15  |
| CAPÍTULO 3 - Las discordancias sobre el profeta Daniel<br>y los once libros desaparecidos . . . . .  | 19  |
| CAPÍTULO 4 - La historia de David y Goliat: ¿a quién<br>creer? . . . . .   | 31  |
| CAPÍTULO 5 - La Biblia debe ser considerada<br>como lo que es: uno de los muchos libros<br>escritos por el hombre . . . . .                        | 39  |
| CAPÍTULO 6 - Los Elohim, Yahweh y las incongruencias<br>de la tesis dogmática . . . . .  | 47  |
| CAPÍTULO 7 - ¿Quiénes eran estos Elohim que fueron<br>convertidos en Dios?<br>¿Qué características presentaban y cómo<br>se comportaban? . . . . . | 63  |
| CAPÍTULO 8 - Los diez mandamientos: las incongruencias<br>entre Yahweh y Moisés . . . . .  | 85  |
| CAPÍTULO 9 - Más cosas sobre Yahweh, el presunto Dios  | 97  |
| CAPÍTULO 10 - Otras supuestas entidades espirituales:<br>ángeles, gigantes, Satanás y máquinas<br>voladoras . . . . .                              | 101 |

|   |     |
|---|-----|
| CAPÍTULO 11 - Cuando Abraham descubre que Dios se cansa, se ensucia, tiene hambre...    | 109 |
| CAPÍTULO 12 - ¿Cómo puede nacer una religión de semejantes presupuestos?                | 117 |
| CAPÍTULO 13 - De la ‘no creación’ a la cruz: Adán y Eva no dieron origen a la humanidad | 123 |
| CAPÍTULO 14 - ¿Qué dice la ciencia del llamado eslabón perdido?                         | 131 |
| CAPÍTULO 15 - ¿Dónde se sitúa y en qué se concreta el pecado original?                  | 157 |
| CAPÍTULO 16 - ¿Es falso aquello que nos han contado sobre la Biblia?                    | 165 |
| <i>Bibliografía básica</i>  | 169 |

## Introducción: de la Biblia a Pinocho

**T**ras muchos años como traductor de hebreo masorético para la editorial católica San Pablo, con diecisiete libros de la Biblia Hebraica Stuttgartensia traducidos y editados en Italia, después de la publicación de tres ensayos sobre las *Sagradas Escrituras*, varios años de actividad pública y más de cien mil libros vendidos, surge este nuevo trabajo que no estoy seguro si definir como libro. Diría que se trata más bien de una *conferencia* dictada delante del teclado de mi ordenador, en lugar de ante un micrófono. Una digresión sobre varios temas afrontados con la intención de poner en evidencia la cuestión de fondo que atañe a nuestra relación con *aquel* libro. Sobre el cual me hago la siguiente pregunta: ¿Los detentadores del conocimiento nos han revelado realmente su contenido? La respuesta es para mí evidente: absolutamente no.

No es que se hayan limitado a no contar o a omitir lo que de verdad contiene, sino que han ido más lejos: se han inventado de manera deliberada y sin pudor lo que simplemente no existe. Y he aquí el motivo de la elección de un título asertivo y en apariencia provocador.

En esta *conferencia* dictada delante del ordenador se encontrarán también respuestas a las críticas y observaciones –a menudo contradictorias– de los representantes de diversas doctrinas a las hipótesis contenidas en mis trabajos precedentes, a los que haré referencia más adelante.

Seguiremos un recorrido que va desde el primer versículo del Génesis hasta llegar a una reflexión, aunque sea somera, sobre el engaño final: de Adán a Jesús.

Una historia que los *usurpadores* del conocimiento han planificado en detalle, utilizando los llamados textos sagrados como excusa e inspiración para dar rienda suelta a sus creaciones fantásticas.

Tratándose de una *conferencia* –como he dicho– he optado a propósito por reducir al mínimo las numerosas citas y reseñas bibliográficas que encontramos en otros de mis libros. La bibliografía es, por tanto, la básica y contiene los textos de referencia citados.

Por otra parte, durante estos años de exposición pública de mi trabajo de investigación he advertido que los profesionales de la crítica muestran una actitud un tanto extraña o curiosa o, cuando menos, poco coherente. Si escuchan un argumento que coincide con sus ideas, no preguntan sobre la fuente ni exigen que esta sea contextualizada. La aceptan sin más, tal como viene formulada y sin añadir otras cuestiones, aun cuando tal afirmación pudiera considerarse una estupidez de campeonato.

Por el contrario, si leen una tesis o una hipótesis que no se corresponde con su pensamiento o peor aún, cuando lo cuestiona, de inmediato te exigen que cites las fuentes, introducen el concepto (interpretativo) de la alegoría o la metáfora, aplican la contextualización justificante, etc. Por ejemplo, si escribo que Yahweh amaba a la toda humanidad (cosa que contradice abiertamente el entero contenido del Antiguo Testamento), los críticos: callan. Mientras que si digo que Yahweh ordenaba masacrar a ancianos, mujeres y niños (como repetidamente viene declarado en el texto y así acontecía realmente), de inmediato se me exige que especifique dónde está escrito, en qué contexto se inserta el episodio; me reprenden porque ello debe ser interpretado en clave metafórica para su comprensión; que tal lectura debe situarse en el momento histórico y cultural en el que sucede; que hay que ahondar hasta desentrañar el significado recóndito, el sentido esotérico u oculto, etc. Nunca he oído decir que el versículo primero del Génesis tenga un sentido alegórico. Sin embargo, contiene una información que nada tiene que ver con aquello que

se nos ha contado: el Génesis no habla de ‘creación’, sino *de otras cosas* (me remito, al respecto, al análisis que abordo en mi libro: *Non c'è creazione nella Bibbia*).

En definitiva, el comportamiento de los dogmáticos se resume en lo siguiente: lo que es de su agrado, debe tomarse al pie de la letra, tal cual; mientras que lo que no les gusta requiere –extrañamente– profundos análisis e interpretaciones varias.

Esta *conferencia teclada* es como una corriente que mana y en la que fluyen los pensamientos enlazando unos con otros sin un orden didáctico preciso. Ni siquiera he transcrito los versículos hebreos –como hago siempre–. Se trata de una elección hecha con el propósito de dejar espacio a las traducciones oficiales –esto es: las no cuestionadas– y, en particular, las versiones editadas bajo la supervisión de la Conferencia Episcopal Española (CEE) (a la que hay que reconocer el mérito de actuar con objetividad al trasladar los significados del texto en hebreo; aun cuando algunos pasajes puedan resultar disonantes o, incluso, hostiles con la doctrina).

[*N. del T.*: Las citas textuales que hacen referencia a la Biblia católica, versión de la Conferencia Episcopal Italiana en el texto de origen, en la traducción han sido tomadas de la *Sagrada Biblia*, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, edición de 2011].

He dedicado un amplio espacio a las tesis de aquellos rabinos que estudian los textos con una actitud libre de limitaciones. Limitaciones que son más propias de la ultraortodoxia integrista y de la ideología de cuño nacionalista (conocida como sionismo), cuyo dogmatismo no admite dudas ni reflexiones que puedan dar lugar a conclusiones distintas a las predefinidas.

Debo precisar que cuando cito de modo genérico la filología hebrea, me refiero a aquellos blogs y foros en los que algunos filólogos han analizado mis trabajos. El lector podrá seguir esta corriente que le estimule e inspire a profundizar en el tema, iniciando así una reflexión autónoma y útil para comprender cuál

es la solidez (aunque debería decir: inconsistencia) de los fundamentos sobre los que se ha erigido durante siglos aquella gran construcción doctrinal presentada como verdadera.

Como siempre he manifestado: sé de no estar en posesión de la verdad y sé muy bien que puedo equivocarme, cosa de la que nadie –por lo demás– queda exento, pero también soy consciente –sin caer en la presunción– de haber adquirido en estos años un mínimo de conocimiento y la suficiencia que me autorizan para desvelar el patente engaño: mis diecisiete traducciones publicadas por la editorial San Pablo lo avalan.

Las dudas y preguntas que surgen en la mente del lector son la verdadera pócima que estimula a iniciar un proceso de conocimiento autónomo, libre de toda forma de condicionamiento.

Por tanto, sigo avanzando en el camino trazado durante estos años: traduciendo literalmente el texto hebreo, intentando explicar con la mayor claridad posible aquello con lo que me encuentro; y si lo que leo es una fábula, una narración fantástica, como el cuento de Pinocho y Gepeto: yo les cuento *las aventuras de Pinocho*. En tal caso, conviene saber que la autoría de la fábula es de los redactores de la Biblia (y no mía).

## Capítulo 1

### ¿Por qué este título?

**E**n su acepción común, la Biblia es el Antiguo Testamento y, siendo el resto de los libros conocidos con la definición sintética de Evangelios o Nuevo Testamento, en este trabajo el término Biblia viene usado como sinónimo de Antiguo Testamento.

Para desentrañar el significado de la voz: ‘sagrado’, recurrimos a las definiciones que ofrece el *Diccionario de la lengua española* (DRAE, en su 23ª edición) que recoge entre sus acepciones:

Sagrado: Del lat. *sacrātus*.

1. Digno de veneración por su carácter divino o por estar relacionado con la divinidad.
2. Que es objeto de culto por su relación con fuerzas sobrenaturales.
3. Perteneciente o relativo al culto divino.

La lectura de esta obra así como las anteriores (de próxima aparición en lengua española), dejan claro que la ‘divinidad’, entendida en un sentido espiritual, no está presente en el Antiguo Testamento. Y en particular, tampoco lo está Dios ni existe un culto rendido a Dios. Por el contrario, lo que existe es una obediencia timorata hacia a un individuo de nombre Yahweh, perteneciente al grupo de los Elohim, seres de carne y hueso que nunca son definidos como ‘dioses’, en términos espirituales. Es más, el Libro del Eclesiastés (o Libro de *Qohéleth*) afirma de manera clara y sin dejar lugar a dudas que el hombre no tiene nada (alma o espíritu) que no tengan los animales y que después de la muerte, hombres y animales van al mismo lugar (Eclesiastés 3,19-20).

Y he aquí por qué el título afirma de manera categórica que la Biblia no es un libro ‘sagrado’. Y no lo es según el sentido ordinario del término. No podemos contemplar aquí las distintas significaciones subjetivas que puedan atribuirse a la palabra ‘sagrado’. En lo que a la comunicación se refiere, debe estarse al valor y significado exacto de cada expresión, comúnmente aceptado y compartido, alejándonos, pues, de las concepciones subjetivas o personales. De otro modo no sería posible entenderse.

## Capítulo 2

### ¿Es atendible la Biblia?

Como he dicho, por economía del lenguaje, utilizo la palabra ‘Biblia’ para referirme al Antiguo Testamento. Y afirmo desde ya que este ha sido utilizado para la elaboración de una trama de dimensiones extraordinarias; una tarea de encubrimiento perpetrada durante siglos por quien ha intentado valerse de aquellos textos para fines que nada tienen que ver con la espiritualidad. Si bien del término ‘espiritualidad’ se hace un uso amplio, pero engañoso, o por lo menos erróneo, por parte de quien obra de buena fe. Del Antiguo Testamento conocemos sólo aquello que los poderosos de todos los tiempos han querido transmitir; partiendo de los teólogos hebreos que iniciaron la elaboración de la doctrina monoteísta hasta las actuales estructuras doctrinales que intervienen a través de sistemas de pensamiento teológico e ideológicos despojados de todo fundamento. Sólo falseando la verdad sobre este texto ha sido posible su definición y su difusión.

Comienzo por señalar un hecho que no tiene nada que ver con las traducciones. Los católicos deben creer como verdaderos, es decir, por tratarse de libros inspirados por el supuesto Dios, en un total de cuarenta y seis libros canónicos (esto es, libros y epístolas considerados auténticos e incluidos como tales en las Sagradas Escrituras). Para el canon hebreo, por su parte, los libros aceptados son sólo treinta y nueve, pues no reconoce como auténticos algunos de los libros que para los cristianos son de indiscutible inspiración divina. Es el caso de los libros de Tobías, Judit, Sabiduría, Baruch, Eclesiastés o de *Qohelet*, Primero y Segundo Libro

de los Macabeos, amén de algunos pasajes de Esther 10, verso 4 y cap. 16; Daniel 3, versos 24-90 y caps. 13 y 14.

Los textos bíblicos que cualquiera de nosotros puede tener a su disposición están redactados esencialmente sobre la base de la Biblia Hebraica Stuttgartensia (o Biblia de Stuttgart), es decir, la versión impresa del Códice masorético de Leningrado (ello viene ilustrado en dos de mis trabajos anteriores: *Il libro che cambierà per sempre le nostre idee sulla Bibbia* y *Il Dio alieno della Bibbia*)

La iglesia reformista, es decir: el protestantismo, se atiene básicamente al canon judío. Los cristianos coptos consideran canónicos otros libros que tanto hebreos como católicos romanos no aceptan por considerarlos apócrifos: es el caso del Libro de Henoc y el Libro de los Jubileos. La iglesia greco-ortodoxa, por su parte, no utiliza como base el Códice masorético de Leningrado, sino la Biblia Septuaginta o Biblia de los Setenta, es decir, el texto escrito en griego en el Egipto del siglo III a.C. La Biblia greca presenta en torno a las mil variantes con respecto al Códice masorético, entre ellas algunas de notable importancia, pues contienen divergencias sobre el significado del texto, llegando en ocasiones a revelar incluso ajustes (falsedades literales) provocadas por los masoretas.

Esta versión griega constituyó el fundamento bíblico para los padres de la Iglesia durante los albores de la era cristiana, hasta que la Iglesia romana se decantó por el canon hebraico como base. Los rabinos, por su parte, rechazaron la Biblia Septuaginta sosteniendo que sólo eran aceptables los libros considerados acordes con la Torá (el Pentateuco para los cristianos), escritos en Palestina –y no en otros lugares– sólo en hebreo y en el periodo anterior a Esdras (esto es, con anterioridad al siglo V a.C.). Aunque no todo lo elaborado con esas condiciones sería apto. Por ejemplo, quien haya nacido en Palestina, en el territorio de Samaria, escuchará que la verdad no está en el texto escrito por los masoretas, sino en la Torá samaritana que respecto a la masorética presenta más de dos mil variantes. Por otro lado, la *Peshitta* o Biblia siríaca, aceptada por los maronitas, nestorianos, jacobitas

(o monofisitas) y melquitas, se diferencia a su vez de la Biblia masorética.

Por tanto, antes de las traducciones tenemos diversas biblias posibles, pero sobre todo sabemos que cada uno de estos textos, con sus numerosas diferencias entre ellos, para los miembros de cada tradición, la suya es considerada como indiscutible y verdadera.

Estas primeras consideraciones serían suficientes para hacernos ver que la Biblia en la que debemos creer dependerá del periodo histórico y del lugar en el que hayamos nacido. Es decir, no existe un 'absoluto' porque siempre hay alguien que decide por nosotros, indicándonos de manera dogmática cuál es y dónde se encuentra la verdad.

Sin embargo, la cosa no parece que sea tan simple.

Los textos bíblicos más antiguos que conocemos son los llamados rollos de Qumrán o del Mar Muerto. Algunos de estos documentos se remontan al siglo II a.C.; pues bien, entre el texto de Isaías hallado entre los pergaminos del Mar Muerto y el Libro de Isaías redactado por los masoretas existen más de doscientas cincuenta variantes, entre ellas, palabras completas que se pueden leer en uno de los textos, pero no en el otro, y viceversa.

Sacado de:

---

LA BIBLIA NO ES UN LIBRO SAGRADO

Autore: Mauro Biglino

